

Miguel Ángel GARCÍA (2017): *Los autores como lectores. Lógicas internas de la literatura española contemporánea*, Madrid: Marcial Pons, 306 pp., ISBN: 978-84-9123-425-811¹.

Los autores como lectores. Lógicas internas de la literatura española contemporánea es una brillante y *sui generis* genealogía en la que se desentrañan relaciones, influencias y afinidades literarias entre algunos de los autores contemporáneos más destacados de las letras hispánicas. En este ensayo, que lleva el sello distintivo del cuidado y rigurosidad que otorga a todos sus trabajos, Miguel Ángel García se declara culpable de la lectura del pensamiento materialista histórico, legado por el profesor Juan Carlos Rodríguez, ya que es en este horizonte teórico donde se sitúa para trazar la genealogía que nos propone. Por ello, su objetivo último es, en definitiva, mostrar la radicalidad histórica, social e ideológica intrínseca a la literatura (2017: 14). De este modo, García lleva a cabo un ejercicio de coherencia intelectual con su toma de postura, no solo en este libro sino también en trabajos anteriores, entre los cuales podemos destacar *La literatura y sus demonios. Leer la poesía social*, publicado en el año 2012.

En cuanto a su estructura, el ensayo se divide en quince capítulos y obedece a un recorrido cronológico que arranca con Rubén Darío y finaliza con Antonio Carvajal. Además de las semblanzas de los autores, grueso del trabajo, García dedica dos capítulos de corte teórico, el primero y el decimotercero, a exponer el utillaje teórico con el que amalgama el conjunto.

El recorrido comienza en el punto de intersección simbólico que se produce entre el inicio del siglo xx y el final del xix, con el estudio de la relación lector/autor que se estableció entre Rubén Darío y Ángel Ganivet. A lo largo del siglo xx la crítica literaria seguidora del método generacional implantado por Ortega y Gasset llevó a cabo una separación radical entre la literatura modernista, en particular la poesía, liderada por

el nicaragüense Darío, que definió como un arte evasivo, esteticista y cosmopolita, y la literatura noventayochista, principalmente la prosa, a la que otorgó un carácter comprometido con los problemas de la patria española. Sin embargo, García, en la línea de la crítica actual, trata de desmontar el mito de esta supuesta división entre movimientos y géneros. En particular, García hace notar que esta división aplicada a Rubén Darío es falaz, demostrando además que su preocupación por la situación de España en tanto que intelectual, tal como ponen de manifiesto las crónicas que publicó en *La Nación* de Buenos Aires, está en sintonía con su sensibilidad poética, tal como revelan poemas como «Salutación del optimista», «A Roosevelt» o «Letanía de nuestro señor don Quijote». Asimismo, García ilustra pormenorizadamente cómo la separación entre modernismo y noventayochismo no tuvo lugar, ya que Darío, en la misma línea que Unamuno y Azorín, se sirvió de iconos literarios como El Cid y el Quijote para reivindicar el pasado glorioso de España ante la decadencia que supuso la pérdida de las últimas colonias de ultramar (2017: 43).

A continuación, este recorrido cronológico, que no generacional, se detiene en la figura de Azorín en tanto que defensor a ultranza de la lectura continua, la revisión y enseñanza de los clásicos. Siguiendo el ejemplo azoriniano, el ensayo pone de relieve cómo el valor de los clásicos reside, más que en la obra en sí, en las distintas capas de lecturas hechas *a posteriori* que aumentan y siguen produciendo la obra, no siendo esta fija ni inamovible sino un *continuum*, como lo es también la Historia. A este respecto, el profesor García nos advierte del peligro de incurrir en la *deshistorización* de los clásicos, con lo cual vuelve a dejar clara su toma de postura ante la literatura; es decir, si bien aquello que define y que hace imprescindible a los clásicos es su vitalidad y continua actualización, no se ha de perder de vista, no tanto el contexto histórico, aunque también, sino el sustrato ideológico que reposa en ellos. A su vez, se incide en que la lectura de los clásicos debe venir acompañada de un continuo cuestionamiento y revisión del canon literario, problemático sobre la que reflexiona García haciéndonos ver, a la manera azoriniana, que más importante que leer es saber elegir renuncias.

¹ Esta reseña se ha realizado bajo el patrocinio del contrato predoctoral BES-2016-079004 que forma parte del proyecto FEM2015-69863-P del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad de España.



El capítulo sexto, que lleva por título «Los Antonio Machado de Juan Ramón Jiménez», se dedica a las confluencias y desencuentros que se produjeron entre ambos autores. En primer lugar, se explica la trayectoria de la lírica juanramoniana, desde su inicial participación en el modernismo hasta su posterior desapego motivado por su búsqueda de la «palabra esencial». Es sabido que el joven poeta Juan Ramón Jiménez comenzó su andanza poética en el modernismo, llegando a «ser llamado a filas» para su defensa por el propio Darío. No obstante, también es de sobra conocido su poema «Vino primero pura», de *Eternidades* (1918), en el que testimonia su posterior rechazo de esta «militancia». Por su parte, Antonio Machado también se distanció de este movimiento a partir de *Campos de Castilla* (1912), en el que dedica al poeta de Moguer «La tierra de Alvargonzález». Sin embargo, aunque ambos coinciden en su distanciamiento del modernismo, los motivos que explican su deriva estética difieren. Mientras que Machado se aleja del modernismo por su ensimismamiento y el aislamiento de la torre de marfil, considerando que la poesía ha de ser una herramienta de comunicación con el pueblo, Juan Ramón Jiménez adopta la postura inversa, es decir, reniega de todo adorno superfluo del modernismo en aras de una poesía pura, introspectiva y esencial. No obstante, más allá de sus encuentros y desencuentros literarios, la amistad que cultivaron a lo largo de los años supo estar a la altura de las circunstancias históricas y particularmente del golpe de Estado contra la República, cuyas terribles consecuencias marcaron la vida de ambos poetas. Por lo tanto, su dilatada relación es un símbolo de que el respeto y la admiración intelectual están por encima de cualquier diferencia estética.

Avanzando en el tiempo, los capítulos siete, ocho, nueve y diez se dedican a la puesta en cuestión de la etiqueta «generación del 27», fraguada para delimitar al conjunto de poetas de la «Edad de plata» de las letras españolas, así como de algunos de sus tópicos más sedimentados. En primer lugar, el profesor García hace un recorrido por la vida y la obra de la figura excepcional de Rosa Chacel, narradora, intelectual y poeta, cuya trayectoria y presupuestos literarios se vinculan con este «grupo». El hecho de que se la reivindi-

que como integrante del 27, algo que ella misma hizo en vida, logra ampliar los límites de esta etiqueta; en primer lugar, porque permite incluir el género narrativo, que quedó ensombrecido por la predominancia del lírico, y, en segundo lugar, y esto se deriva de mi propia forma de entender qué aspectos de la historiografía literaria han de ser sometidos a revisión, porque es una manera de poner de manifiesto la activa participación que tuvieron las mujeres en el arte de esta época.

El recorrido por la intrahistoria de la generación del 27 desemboca en el capítulo diez, dedicado a la larga amistad que Vicente Aleixandre y Gerardo Diego mantuvieron durante más de cincuenta años. A lo largo de este periodo no hubo obra de Aleixandre que no fuera leída atentamente, elogiada y acompañada de las palabras atentas de su amigo Diego. Entre los distintos hitos que marcaron esta amistad literaria cabe resaltar la inclusión del poeta sevillano, con poemas del por entonces inédito *Espadas como labios*, en la ya canónica antología que elaboró Gerardo Diego en 1932.

Por su parte, los capítulos once y doce revisan la influencia que ejerció la generación del 27 en los poetas del cincuenta a pesar del exilio, tanto externo como interno. En particular, a partir de los casos de Ángel González y Jaime Gil de Biedma. En tanto que lector, crítico y poeta, González declaró en diferentes ocasiones la deuda que los poetas sociales contrajeron con el magisterio de la generación del 27 en medio del páramo cultural en que quedó convertida la escena poética española. A este respecto, González aclara que con su lectura los jóvenes poetas de entonces no buscaban reanudar los vínculos con una tradición rota, sino adquirir un bagaje literario que les permitiera crear una cultura disidente.

Entre otros poetas del cincuenta, García elige el caso de Francisco Brines, al cual dedica el capítulo decimocuarto. Como crítico y poeta, Brines reclamó como propio el legado cernudiano, en particular el del Cernuda nórdico, y rechazó al poeta confesional que fue el sevillano, con lo que se pretende demostrar que la historia de la literatura es también el relato de unas afinidades electivas que varían a lo largo del tiempo.

Y, como la historia literaria no es lineal, es decir evolutiva, sino en cierta forma cíclica,



o al menos nosotros la entendemos así, se ha podido comprobar que las hornadas de poetas de la segunda mitad del franquismo conocidos como novísimos también volvieron la mirada a la generación del 27, aunque seleccionando aspectos distintos de los que habían reclamado los poetas del cincuenta.

Finaliza esta genealogía haciendo un homenaje a Antonio Carvajal, quien durante tantos años fue profesor en la Universidad de Granada, en tanto que lector de Vicente Aleixandre. Este capítulo, que mantiene la lógica de ida y vuelta que García ha dado a su ensayo, ilustra cómo ambos poetas comparten la misma concepción sobre el erotismo. En sendas trayectorias poéticas, la pasión amorosa es entendida como el proceso que se inicia con la muerte simbólica del yo lírico y que culmina con la fusión total de los amantes. Esta concepción se evidencia a partir de las continuas metáforas eróticas cargadas de connotaciones violentas que emplean ambos. Tal como ilustran las furiosas imágenes

de los tigres que encarnan la lucha encarnizada de los amantes carvajalinos y aleixandrininos, respectivamente.

En definitiva, no cabe duda de que este es un libro sobre el papel esencial de la lectura en una serie de autores señeros de las letras hispánicas contemporáneas, pero, a mi parecer, es, sobre todo, un libro dedicado a la exaltación de la amistad: a las simpatías, admiraciones, respetos y elogios que se profesaron los escritores y que han marcado las páginas más relevantes de nuestra literatura. Finalmente, quisiera destacar el notable esfuerzo del profesor García por mantener el legado del profesor Juan Carlos Rodríguez, con el que contribuye a que todos los que nos reclamamos como herederos de su pensamiento nos sintamos un poco más acompañados en nuestras solitarias lecturas cotidianas.

Carmen MEDINA PUERTA
Universitat de Lleida

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.refull.2020.41.14>

